



La
cantimplora
dorada

Esmeralda Vela obtuvo el premio único en la categoría de literatura infantil en el Certamen Estatal de Literatura “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Flor Cecilia Reyes, Becky Rubinstein y Enrique Villada.

La cantimplora dorada

Esmeralda Vela

Ilustraciones
Ricardo García Trejo
Manuel Arturo Castrejón Rodríguez



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

La cantimplora dorada
© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Secretaría de Cultura
Ciudad Deportiva “Lic. Juan Fernández Albarrán”
Deportiva núm. 100, colonia Irma Patricia Galindo
de Reza, C.P. 51350, Zinacantepec, Estado de México.

© Gloria Esmeralda López Vela, por texto
© Jonathan Ricardo García Trejo y Manuel Arturo Castrejón Rodríguez, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-592-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/40/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Para los abuelos más sabios:
Gudelia, Gloria, Rodolfo, Lupita,
Remi, Sera, Locho, Polo y Oli,
a quienes agradezco sus secretos*

*Y a todos los abuelitos,
por sus enseñanzas y abrazos
cuando más los hemos necesitado*





Choque automovilístico en un tobillo

Como cada diciembre, Eddy pasaba sus vacaciones en casa de su abuela materna Serapia o mamá Sera, como él, sus hermanos y primos le decían. Era la abuela más querida de un lugar llamado Palmillas, allá en Tamaulipas, una tierra dorada que ha visto al sol esconderse detrás de las sierras y las montañas, una luna juguetona que se oculta bajo las nubes y una manta de neblina que recorre las calles empedradas del lugar en pleno invierno. Se cubría cada rincón de magia cada vez que la abuela cocinaba, pues lo hacía deliciosísimo.

De Ciudad de México, y de un lugar llamado Nezayork, allá por el Estado de México, a Tamaulipas viajaban Eddy y sus primos para ver a su abuelita. Qué decir de los tamales de pollo que hacía en Navidad o de los frijoles charros con sus trozos de salchicha o de los nopales con huevo... ¡Vaya!, hacía tantos guisados que a todos tenía enamorados; en cada platillo, por muy sencillo que pudiera ser, llevaba el toque mágico que a todos encantaba. “¡Le pongo amor, hijos!”, así siempre respondía cada vez que le preguntaban cómo era que cocinaba tan rico.

Mamá Sera, junto con don Locho, su esposo, disfrutaban como nunca las fiestas decembrinas porque convivían con casi todos sus hijos y nietos. Y allí, los dos sentados junto a la fogata que prendían en el patio para calmar un poco el frío de sus huesitos, miraban con nostalgia a sus hijos, se tomaban de la mano y era como si con el sudor que apenas desprendían sus palmas dijeran: “Vaya que ha pasado el tiempo; nuestros chiquillos latosos ahora son todos unos hombres y mujeres hechos y derechos”; después se soltaban la mano porque mamá Sera se limpiaba las lágrimas que salían de sus ojitos arrugados, mientras que don Locho se echaba su traguito de tequila que llevaba guardado en su chamarra. Dos minutos eran lo único que necesitaban para contemplar en el fuego toda una trayectoria de más de 50 años; debían volver rápido a la cocina para calmar la guerra que sus nietos les daban a sus padres, ya que nadie lograba seleccionar el menú para la Noche Buena.

Uno de los latosos en la cocina era Eddy, el segundo hijo de Gudelia. Le gustaba lanzar sus carritos hacia los pies de sus tías que estaban en la estufa quebrándose la cabeza pensando qué cenarían los niños y qué los adultos; no se les podía dar lo mismo a todos. A Eddy y a sus primos no les gustaba la carne de puerco con papas y verdolagas en salsa verde que los adultos devoraban de inmediato; al contrario, ellos preferían las sincronizadas, los nuggets de pollo con cátsup, los tamales de pollo, el huevo con papas o las quesadillas de queso... En fin, nadie sabía aún qué se haría de cenar.

—¡Vayan a jugar a otro lado, niños! —escucharon de pronto Eddy y Quique, quienes estaban entretenidos aventando sus

carritos hacia los pies de sus tías, y hasta a la pobre abuela Sera le tocó tremendo choque automovilístico en uno de sus tobillos.

—¡Ahhhh! —gritó la abuelita.

Apenados y regañados por lo sucedido, se fueron al patio a pensar qué jugarían con ese frío que helaba sus huesitos.

—¿Crees que a mamá Sera se le comonga el tobillo?

—preguntó triste Quique.

Todos sabían que la abuela era la experta en la cocina y, teniendo su tobillo lastimado, no permanecería mucho tiempo de pie frente a la estufa y no les guisaría tan rico como solía hacerlo.

—Eso espero —respondió Eddy con melancolía.

Segundos más tarde, ya los acompañaban en el patio los otros niños.

—¿Que le rompieron la pata a la abuela? —preguntó Laura, la prima más fastidiosa que tenían. Nadie sabía cómo era que Ofelia, su gemela, la soportaba todo el día. “Es muy divertida”, respondía ésta cada vez que le preguntaban.

—Fue un accidente —respondió Eddy antes que Quique, sintiéndose responsable de lo sucedido.



—¡Así habrás jugado, Eduardo! Mamá Sera ya se fue a acostar, no aguanta su patita en el suelo. Y si no comemos tamales de pollo este año, será tu culpa, ¿oíste? —replicó Laura.

—Ya, ya, ya. Fue un accidente. Mejor vayamos a jugar al cuarto, aquí hace mucho frío y los que terminaremos con las patas quebradas seremos nosotros —dijo Sara, la hermana mayor de Eddy.

En un tris, todos se fueron al cuarto del tío Jaime, un viejo solterón que era el hermano mayor de los hijos de los abuelos. Unos sentados en la cama y otros en el piso, seguían con las caras largas por lo ocurrido con su abuelita.

—Quiero jugar con los carritos —dijo Pablo, el más chiquitín de los siete niños y el hermano menor de Eddy y Sara.

—O sea, ¿estás escuchando que mamá Sera anda malita y quieres seguir lastimando tobillos? —cuestionó Laura.

—¡Déjalo en paz, Laura! Él no sabe nada. Apenas tiene 5 años —dijo Sara.

—Pues que se vaya a jugar a otro lado, aquí sólo jugamos los grandes —recalcó Laura, como si tener 10 años la hiciera la mayor; se le olvidaba que su hermana y Sara tenían la misma edad.

—¡Vámonos al columpio! —dijo Quique.

—Mejor saquemos el balón y jugamos tres contra cuatro —dijo Manuel, hermano también de Eddy, Sara y Pablo, sólo que éste era un futbolero de corazón.

—Estás viendo que hace mucho frío allá afuera y todavía quieres jugar en el patio. ¡Estás loco! Mejor juguemos a la comidita —dijo Ofelia.

Rápido se desataron los quejidos de descontento por la propuesta infantil de Ofelia. Después de todo, a los niños no les gustaba ese juego que, según decían, era sólo para las niñas.

Con las caras sonrojadas de la desesperación y el aburrimiento, no les quedó de otra más que mirarse de cuando en cuando por un buen rato: unos picándose la nariz y a otros ya se les asomaban los moquitos tiesos por ese frío que les congelaba hasta sus huesitos.





La bebida del abuelo Locho

Mientras todos se peleaban sobre qué y en dónde jugarían, Eddy prefirió ir al cuarto de mamá Sera; era tal su remordimiento de conciencia que no haría nada hasta no ver que su abuela estuviera un poco mejor. Quizá lo que le interesaba era que sus nuggets de pollo estuvieran calientitos y ricos para la noche. ¿Será?

—¿Puedo pasar, mamá?

—Pásale, mijo. Escuché que andan peleando tú y tus primos. ¿Ya saben a qué van a jugar?

Eddy, al ver que su abuelita no estaba enojada por lo de su pie, decidió seguir la plática como si nada hubiera pasado.

—No, mamá, aún no. Unos quieren jugar en el patio y otros en el cuarto.

—¿Y tú qué quieres?

Eddy alzó los hombros como no importándole qué decidirían sus hermanos y sus primos. Mamá Sera notó que su nieto quería decirle algo, pero no podía, quizá por miedo o pena; así que decidió ayudarlo.

—Mira mi tobillo, ya me siento mucho mejor. Sólo fue un golpecillo. Pero estuvo bien, me sirvió pa' despejarme tantito

del ruido que de pronto se desata en la casa cada vez que se acerca la Navidad —y se echó una carcajada; Eddy notó que su abuelita le había disculpado su accidente—. Mejor váyase a jugar con los huerquillos, ande.

—¿Y el abuelo?

—Pos dónde más: en el patio calentando sus pies en la fogata.

Una de las ventajas de ser niño es que jamás te das cuenta de las mentiras piadosas que te dicen los adultos para que no te sientas mal, y a mamá Sera vaya que le dolía en demasía su pie, pues no podía ni levantarlo; sabía que su reposo le llevaría algunas horas antes de empezar a cocinar.

—¿A dónde vas, Eddy? —le preguntó Sara, quien lo vio salir del cuarto de su abuela.

—Voy a ver al abuelo.

Diciendo esto, todos decidieron que estar en la fogata calentando sus pies y su espalda sería una buena idea. Igual y hasta terminarían quemando las hojas de los árboles creyendo que son bombones.

Más tranquilos por saber que mamá Sera estaba mejorando (según ella), salieron al patio bien cobijados y listos para sentarse al lado de su abuelo. Don Locho era un digno representante de su estado ubicado en el norte: vestía siempre de mezclilla, botas picudas y sombrero ranchero; jamás se quitaba su cuera tamaulipeca (chamarra de color café con flores blancas impresas), por mucho que en temporadas de calor sintiera quemársele su espalda, ya que dentro de ésta guardaba

su cantimplora con el tequila que tanto le gustaba, y de vez en cuando se echaba sus traguitos “pa’guantar el día”, decía.

—¿Qué tomas, abuelo? —preguntaron los niños.

—¡Ah, jijo! Pos una bebida que no es pa’ niños, sino pa’ los adultos.

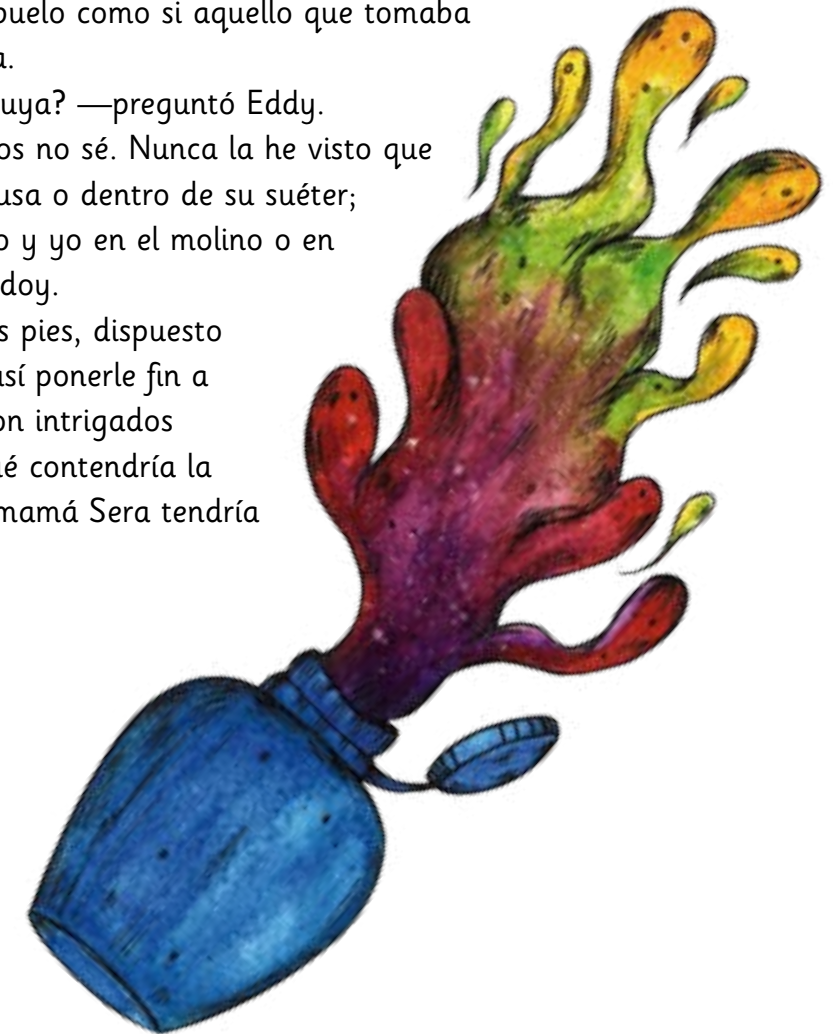
—Por eso, ¿qué es, qué es? —preguntó insistente y curiosa Laura.

—¡Oh, que niños! Los adultos tenemos nuestra cantimplora llena de secretos —dijo el abuelo como si aquello que tomaba representara todo un enigma.

—¿Mamá Sera tiene la suya? —preguntó Eddy.

—¡Oh, que la canción! Pos no sé. Nunca la he visto que guarde algo debajo de su blusa o dentro de su suéter; siempre se la pasa cocinando y yo en el molino o en el potrero que ni cuenta me doy.

El abuelo Locho estiró los pies, dispuesto a dormir en su mecedora y así ponerle fin a la plática. Los niños quedaron intrigados con respecto a dos cosas: qué contendría la cantimplora del abuelo y si mamá Sera tendría la suya.





Guerra en la cocina

El caos seguía en la cocina. Mary, Gudelia y Silvia —las dos hijas y nuera de mamá Sera— querían cocinar como si al llegar la noche fueran a recibir a todo un ejército. Ponche, ponche con piquete, ensalada de manzana, ensalada rusa, bacalao, romeritos, pavo relleno, pierna adobada, tamales de pollo, salchichones, papás al carbón, etcétera, era apenas una cuarta parte de todo lo que tenían en mente para preparar. Jaime, Toño y Poncho —hijos de mamá Sera— preferían no meterse en “pleitos de viejas”, decían; mejor se concentraban en ver el partido de fútbol que en ese momento empezaba.

—Sugiero que lo que vayamos a hacer lo hagamos ya. Son casi las tres de la tarde y no hemos hecho nada. Debemos apurarnos antes de que nos gane la noche —dijo Gudelia, la hermana menor de todos.

—Tienes razón, Gude, hay que hacerlo a la de ya. Los niños no tardan en volver y, cuando lo hagan, estarán hambrientos de tanto jugar. Empecemos con la comida de ahorita y ya veremos lo de la cena —dijo Mary.

—¡Va! Hagamos algo rápido y rico para todos. Sirve que no le damos guerra a mi suegra con tantos trastes que le dejaremos en el fregadero —dijo Silvia.

—¡Hombre! No se compliquen la vida, mujeres. Hagan tamales de pollo y punto. A todos nos gustan y son deliciosos. Y a los niños nomás denles sincronizadas y ya con eso aguantarán pa' la noche —dijo Poncho, quien estaba con un ojo al futbol y una oreja a la plática.

Sin más ni más, las mujeres se echaron a reír al ver cómo Poncho no le quitaba la vista ni un segundo al televisor, pero bien que opinaba donde nadie lo llamaba. Concluyeron que harían tamales de pollo picoso y pollo no picoso, como decían los niños. Y rieron aún más porque se dieron cuenta de que todos los años hacían lo mismo: debatir el menú, hacer tamales y convivir alegremente lo que restaba de la noche.





¿Jugamos a los detectives?

La incertidumbre seguía en la habitación del tío Jaime. Estando todos de acuerdo, tenían el juego ideal para esa tarde. Sentados en círculo, se levantaron en un tris y fueron a la cocina a pedirles a sus madres que les dieran sus pasamontañas o alguna chamarra o suéter que los hiciera sentir los mejores detectives del mundo. Luego de unos minutos, con suéteres y guantes listos, pusieron manos a la obra. Se dividieron en dos grupos: el equipo de Ofelia, Laura, Manuel y Pablo se encargaría de averiguar qué contenía la cantimplora del abuelo Locho; mientras que Eddy, Sara y Quique tratarían de descubrir si mamá Sera tenía una cantimplora y, de ser así, qué tendría ahí dentro.

No había un tiempo límite para reunirse ambos equipos y entregar resultados, simplemente debían descubrir qué bebía cada quién, así les llevara las horas que les llevara, tenían que averiguarlo. El primer equipo tenía una ventaja: un integrante más; por supuesto que Laura no estaba de acuerdo, porque no quería hacerse cargo de Pablo, decía que el juego de los detectives no era para niñitos mocosos. “No digas eso, Lau, es nuestro primito chulo”, decía Ofelia, mientras le tronaba un

tremendo beso en la mejilla a Pablo. Éste, a quien apenas se le entendía lo que decía y no por pequeño, sino porque siempre tenía un dulce en la boca, balbucía que se acercaran lenta y sigilosamente a la mecedora de su abuelo donde dormía a pierna suelta, y así, averiguar qué tomaba.

—Tienes razón, Pablín; debemos acercarnos sin hacer ruido para que no se despierte, tomamos la cantimplora y se la llevamos al tío Toño —dijo Manuel, el único que traducía todo lo que su hermano decía.

—Pero ¿por qué tendremos que llevarle la cantimplora al tío Toño? —preguntó Ofelia.

—Porque él también tiene una. Hemos visto muchas veces que se la saca de su chamarra, como el abuelo Locho, y bebe hasta que se acaba.

—¿Y le han preguntado qué es? —cuestionó Laura.

—Sí, papá siempre le pregunta qué bebe. Y unas veces dice que es *tecali*, otras dice que es *masca* y otras dice que es *güiscas* —dijo Manuel.

Todos se quedaron pensativos tratando de descifrar cuáles serían esas bebidas; nunca las habían oído. Sólo conocían el chocolate con leche, el té de



limón, el agua de frutas y los refrescos de sabores. La única que se echó a reír a tremendas carcajadas fue Laura y, con aire de intelectual, dijo:

—No sean bobos. No es *tecali*, es *tequili*; así como no es *masca*, es *mezcalo*; y no es *güiscas*, es *güisquisi* —respondió segurísima que así se llamaban; como nadie sabía a ciencia cierta si era verdad lo que decía, decidieron creerle a la prima mayor (aunque sea más grande que Ofelia por dos minutos, pero dos minutos le hacían creer que tenía la razón).

Sugirieron que Pablo fuera el que robara —para que sonara detectivesco el asunto— la cantimplora. Era el más pequeño, el más delgado, el más ágil.

Los demás permanecerían en fila tras él para que, una vez que tomara aquel artefacto peligroso que contenía alguna sustancia tóxica, se lo diera a Ofelia, que estaba detrás del abuelo, quien dormía y roncaba sin piedad.

Ofelia, la más cuidadosa, se lo pasaría a Laura, la más astuta de todos; y ésta, a su vez, se lo daría a Manuel, el más veloz, para que se lo llevara a su tío Toño y le dijera qué contenía



el artilugio más buscado del pueblo, aquel por el cual darían millones de pesos por el enorme poder que otorgaba cada vez que alguien bebía de él.

La operación fue verdaderamente sencilla, pues los ronquidos del abuelo lo hicieron demasiado fácil que no hubo necesidad de pisar las ramas que habían puesto a propósito como sinónimo de grandes obstáculos, pero no por ello dejó de ser un éxito dicha maniobra.

En la cocina todo era tranquilidad por parte de las mujeres, ya que felizmente hacían la masa para los tamales y los envolvían en las hojas para luego ponerlos al fuego. Sin embargo, no se podía decir eso de los hombres, era como si con cada gol que anotaba México enloquecieran de remate hasta gritar como si hubiera un tremendo incendio en las sillas donde estaban: se paraban, se sentaban, se movían infinidad de veces; la pasión del futbol estaba a todo lo que daba.

Manuel terminó tan embobado viendo la televisión que olvidó a qué iba a la cocina.

Fue hasta que Laura le arrebató la cantimplora de las manos y, jalándole la chamarra a su tío Toño para que reaccionara y volviera su mente a la cocina, dijo:

—Tío, nos encontramos esta cantimplora tirada por ahí. ¿Nos puedes decir qué es?

Fue en vano, el televisor y el futbol tenían hipnotizados a sus tíos y a



Manuel. Pero Poncho, quien siempre andaba, como se dice, con un ojo al gato y otro al garabato, viendo de reajo la cantimplora, dijo:

—Es de tu abuelo —al televisor—. Gooooooooool. Deberían dársela porque no tarda en pedir su tequila y ya ven cómo se pone cuando no ve su armamento cargado en su chamarra.

—Y, ¿qué es el tequila? —preguntó Ofelia.

El tío no le respondió; su equipo había anotado un tremendo gol que pasaría a la historia, pues de portería a portería el milagro para los mexicanos se había hecho: México se convirtió en campeón.

—Vayan a darle la cantimplora a su abuelo, chamacos. Y no beban nada que no es pa' ustedes; es alcohol y le hace daño a los niños —dijo Mary, la madre de las gemelas.

Satisfechos por haber logrado el objetivo, le devolvieron su tequila al abuelo, quien parecía ofrecerle una orquesta al cielo y a la neblina con sus ronquidos.





Carros traviosos

El otro equipo estaba en el cuarto del tío Jaime: Eddy y Quique se entretenían jugando con sus carritos en el piso; mientras que Sara estaba arriba de la cama con el miedo entre sus pies, pues en una de esas a uno de los carritos se le ocurría hacer una nueva carretera en su tobillo y para qué quería semejante raspón.

—¿Cómo les fue? —preguntó Sara al ver a sus primas y hermanos entrar. Se notaba que el aburrimiento estaba a punto de vencerla al ver y escuchar tanto carrito chocón.

—Tequila —dijo Laura a secas.

—¿Qué? —preguntó Quique tras volársele uno de sus carros traviosos a la cabeza de Pablín, quien comenzó a llorar, pero se tranquilizó de inmediato al recordar su acto de valentía por su participación en el robo de la sustancia secreta.

—Sí, descubrimos que lo que bebe el abuelo es tequila: alcohol que le hace daño a los niños —respondió sabiamente Ofelia.

—¿Alcohol? ¡Guácala! ¿Quién tomaría alcohol? Eso es para las heridas o para limpiar las agujas, ¿no? —exclamó Eddy.

—Pues ya ves, al abuelo no le gustan los piquetes en las pompas, pero qué tal el alcohol, ¿eh? —dijo Laura.

—Y a ustedes, ¿cómo les fue? —preguntó Ofelia.

—No pudimos hacer gran cosa. Mamá Sera está bien dormida en su cuarto. Creo que llevaremos a cabo la investigación para cuando se levante —dijo Eddy.

Segundos después, y tras un largo silencio, se escuchó el rugido de las tripas de Pablín.

—Tengo hambre —dijo.

Todos rieron y salieron calladitos para no despertar a su abuela que estaba en el cuarto contiguo.





¡Nos cacharon!

La cena de Noche Buena estaba cada vez más cerca y el olor que desprendían los tamales casi cocidos provocaba el antojo de todos. La paz había vuelto: el abuelo había terminado su concierto a 10 tonos para los pájaros, el fútbol había terminado en felicidad plena para el pueblo mexicano, parte de la cena estaba en el fuego y en el refrigerador, y, lo mejor de todo, mamá Sera al fin estaba de pie.

—¿Segura que puedes caminar? —preguntó Gude.

La abuela, al mirar a Eddy con una linda sonrisa chimuelita, dijo:

—Claro, si no, no estaría de pie lista para hacer el bacalao y los nuggets de pollo pa' mis niños.

En esa ocasión Eddy le creyó por completo, sólo por el hecho de verla de pie; todos los niños se alegraron. Los nuggets no faltarían para la cena.

—Bien, nosotros nos tardamos menos de 20 minutos descubriendo qué bebía el abuelo. Dijimos que no es por tiempo, pero de esta noche no debe pasar: tienen que averiguar si mamá Sera tiene cantimplora y si bebe la misma cochinada favorita

del abuelo —dijo Laura, como queriendo imponer las reglas del juego que anhelaba ganar.

—Sí, les daremos más tiempo porque son dos cosas las que deben investigar —dijo Manuel en su papel del mejor agente del pueblo.

Quique daba por hecho que ganarían, jamás se sintió en desventaja por el hecho de que en su equipo eran tres y en el otro cuatro; decía que ellos eran más grandes que éstos. Bueno, de alguna forma quería encontrar un consuelo que lo animara para sentirse vencedor, aunque ni Laura ni Quique sabían qué ganarían o cuál era el premio.

Siendo Sara la mayor y la única mujer del equipo, decidió repartir los papeles que haría cada uno en el juego. Quique, por ser el menor, se encargaría de cuidar que mamá Sera no se acercara a su habitación y, en caso de que se le vieran intenciones de querer ir a buscar algo a su cuarto, él tendría que entretenerla. Era un experto en eso de la distracción; en clase cuando la maestra le preguntaba algo jamás respondía, sólo miraba el pizarrón y, fingiendo una completa perplejidad, decía: “Maestra, ¿ya vio el pizarrón? Tiene una mancha”, y la maestra ingenuamente volteaba olvidando qué le había preguntado.

Quique tenía varios planes: el primero consistía en ir de preguntón a la cocina y cuestionar hasta por qué la sal era sal o por qué el cielo es azul; se la pasaría, falsamente, interesándose por cada ingrediente de la cena de Navidad. Otro plan era fingir que se caía y que le dolía la pierna; la verdad no le convencía del todo esa opción, pues pensó que si hacía eso, mamá Sera iría a buscar a su cuarto algún mejunje

que le ayudase a aliviar su patita, y ahí se daría cuenta que era mentira; mejor optó por no pensar en esa idea. Cualquiera que fuese la decisión, él juró que haría un excelente trabajo con tal de que la abuela no supiera que otros dos inspeccionaban su cuarto sin ninguna orden de aprehensión. Bueno, ellos no sabían de eso, sólo decían: “Andar de metiches en el cuarto de mamá”.

Mientras Quique analizaba y estudiaba su papel de actor, Sara decidió que ella y Eddy entrarían al cuarto de mamá Sera y le “echarían un lente” por encimita, hurgando hasta por debajo de los tapetes. Claro, de cuando en cuando se asomaría a la puerta para ver si no se acercaba nadie. No les asustaba que llegaran sus tíos o su madre, sino que la abuela los cachara agarrando sus calzones. Eran los más discretos, los más hábiles para buscar hasta una pulga en la melena de Scooby, el perro de la casa.

El inicio fue sencillo: Quique fue a la cocina.

—¿Me das agua, abuelita? —dijo mientras se sentaba a esperar su bebida.

Si hay alguien a quien jamás se le puede negar nada ni mucho menos hacer esperar, es a un niño. La regla con mamá Sera siempre fue que, así lloviera, tronara o relampagueara, los niños serían primero antes que nadie. Por ello, el agua de Quique llegó en un tris y la bebió tan rápido que de pronto pidió otro vaso, y luego otro, y luego otro, y así hasta acabarse un litro entero.

—Tranquilo, mijo, te vas a empanzonar con tanta agua —dijo riendo mamá Sera al ver a su nieto sumergirse en las profundidades de los gajitos de limón y, al mismo tiempo, ella

no dejaba de preparar las ensaladas de manzana y rusa que guardaría en el refrigerador.

—Es que está bien rica el agua, abuelita. Mi favorita es la de limón.

—Ya lo sé, por eso te la prepararé con mucho amor, mijito.

—Oye, abuelita, ¿de dónde sacas los limones?

—Bueno, los arranco de mi arbolito que tengo allá juera, en el patio trasero, ahí donde tengo a mi vaca Blanquita y a mi puerquito Juancho; también, donde tengo mis mazorcas, mi chile piquín, mis papas, mis nopales...

—¿Por qué tienes tantas cosas, abuelita?

—Tu abuelo siempre quiso tener un huertillo donde pudiera sembrar lo que tanto había soñado, pero como no se le ha hecho tenerlo me sembró varias cosas en el patio pa' que, cuando menos, tuviéramos un taquito de nopal.



—¿Te gustan los nopales?

—¡Cómo no!, aunque luego me espino mis deditos arrugados.

—¿Por qué tienes arrugas, abuelita?

—¡Oh, que niño tan preguntón! —exclamó Silvia, quien seguía ayudando en la cocina junto con sus cuñadas; los hombres ya se habían ido al patio con su papá, don Locho, a calentar sus pies en la fogata—. Ya ni le haga caso, suegra. Mejor ve a jugar con tus primos y no le des guerra a tu abuelita.

—¡Déjalo, hija, no está haciendo nada malo! Al contrario, no sabes cuánto disfruto tener a mis nietos en casa: unos huercos en los cuartos, otros en el patio y Quique dándome guerra en la cocina —dijo mamá Sera echando tremendas carcajadas.

—¡Ay, abuelita! —exclamó triste Quique.

—¡Cómo crees, mijo! Me gusta que vengan a visitarnos.

En ese instante, Quique comenzó a sudar, se puso tan colorado como un jitomate, vomitó de inmediato toda el agua que, sin darse cuenta, había bebido más de dos litros. Preocupada, mamá Sera corrió de inmediato a ayudarlo, pero Silvia le dijo que mejor fuera a su cuarto por uno de sus mejunjes para aliviarle su pancita. Y, olvidando su dolor en el tobillo provocado por uno de los carritos chocones de Eddy, la abuela Sera se fue prácticamente volando a su habitación.



Los mejunjes de mamá Sera

¡Qué sorpresa se llevó mamá Sera al ver sus calzones de colores tirados en el piso, así como su ropero abierto, con los cajones vacíos y la ropa regada en la cama!

—¡Aaaayyy! —exclamó, llevándose una mano a la boca y quedándose atónita frente a Eddy y Sara, quienes, al oír el grito de la abuela, se quedaron, como quien dice, con las manos en la masa; cargaban en sus pequeñas manos una cantimplora dorada que se hallaba justo debajo de las almohadas.

Segundos más tarde, entró el abuelo Locho con su rifle dispuesto a darle un plomazo a quien se haya atrevido a espantar a su mujer, pero al ver también el relajo en la habitación, se quedó paralizado en la puerta del cuarto y viendo todo el tiradero que sus nietos habían hecho.

—¡Ah, jijo! ¿Pos qué pasó aquí? —dijo el abuelo Locho, quien se quedó detrás de su esposa.

Eddy y Sara no hallaban dónde meter la cabeza; era tal su pena que al unísono dijeron:

—Perdón, mamá.

Apuesto que ni siquiera ellos se habían percatado de todo el relajo que habían hecho. La abuela, siendo tan buena, los miró con la cantimplora en sus manos y dijo:

—¡Aaaayyy! ¡Qué bueno que encontraron mi armamento secreto, niños, como diría su abuelo! No sé qué hubiera hecho sin su ayuda.

Al cabo de un rato, Jaime, Toño, Ofelia, Laura, Manuel y Pablo, que también escucharon el grito de mamá Sera, fueron testigos de lo que parecía ser el resultado de un torbellino en la mismita habitación de los abuelos.

—¡Ay, Eddy! Mira lo que le hiciste a la abuelita —dijo Laura haciéndose la enojada.

—¡Ah, que niños éstos! ¿Por qué no se van a jugar a otro lado? —sugirió el tío Jaime.

—Uno no puede estar en el patio calentándose las patas porque luego luego vienen a hacer sus despilfarros con la ropa de su abuela. ¡Pos éstos! —dijo el tío Toño.

—Bueno, ¡hombre!, pos mejor será que nos vayamos a seguir tostando la rabadilla porque ¡ah, jijo esú! ¡Triste invierno, está recio, pues! —dijo el abuelo.

—Ya no le den lata a su abuelita, niños. ¿No ven que todavía anda mala de su patita? —les dijo Poncho a los niños, quienes, de reojo, miraron la pierna de su abuela que estaba vendada.



—¡La encontraron! —exclamó Manuel, mientras él y sus primos se acercaban a contemplar lo que tanto estaban esperando descubrir.

—¡Shhhh! —chitó Sara, apenada por lo sucedido con su abuela y para que nadie sospechara nada.

Mamá Sera no tenía la más remota idea de lo que hablaban sus nietos ni para qué querían su cantimplora; estaba segura que algo tramaban. Pero ¿de qué se trataba?

—Bueno, bueno, pos ya. No pasa nada. Sólo se alza la ropa y listo —dijo mamá Sera.

Fue tal el susto de todos, que la abuela olvidó por completo a qué había ido a su cuarto.

—El mejunje, suegra, el mejunje —escuchó de pronto.

Se entretuvo en recoger la ropa del suelo y de la cama, y en acomodar todo en su lugar, que había olvidado que Quique estaba chille y chille en la cocina, con su panza revuelta por haber tomado mucha agua.

Rápidamente, mamá Sera sacó del tercer cajón de su ropero un frasco con una sustancia amarillenta y un gotero; mientras, los niños permanecieron callados, mirándose los unos a los otros, y Eddy con la cantimplora dorada en sus manos. Los adultos regresaron de nuevo a la fogata a calentar sus pies, pues el frío era cada vez más intenso que pensaban que, en cualquier momento, se convertirían en estatuas de hielo.





La cantimplora dorada

—A ver, mijito, abre la boca —le dijo mamá Sera a Quique, al mismo tiempo que le daba 10 gotas (¿de qué?, ¡quién sabe! Sólo ella sabía en qué consistían sus famosos mejunjes) de aquella sustancia amarillenta y maloliente que hacía magia en las pancitas de los niños, ya que en un santiamén éstos volvían a la normalidad y actuaban como si nada hubiera pasado.

Y mientras la querida abuela, junto con sus hijas y su nuera apapachaban y cuidaban a Quique, el caos comenzaba en el cuarto de mamá Sera. Sentados en el suelo, con la cantimplora dorada al centro, los niños se dejaban llevar por la incertidumbre de saber dos cosas: ¿qué contendría dicho artefacto? y, la más importante, ¿quién sería el primero en abrirla?

—¿Dónde está Quique? ¿Por qué no nos echó aguas para avisarnos que mamá Sera entraría al cuarto? —le preguntó Sara a Eddy.

—No sé, pero me las va a pagar. Mamá nos jalará las orejas y nos castigará —dijo Eddy.

—Ustedes tuvieron la culpa: dejaron la evidencia en el suelo —dijo Laura muy en su papel de investigadora.

—A Quique le dolía la panza —dijo Pablo.
—¿Qué le pasó?! —preguntó Sara.
—Bueno, bueno, ya. Queda claro que son unos bobos y que no pudieron hacer nada sin que nadie los cachara —dijo Laura.
—Déjalos en paz, Lau, ellos no sabían que Quique se puso malito, por eso no vigiló la entrada —dijo Ofelia.
—No, son unos tontos, pero por lo menos la consiguieron. Siendo la mayor de todos abriré la cantimplora para saber de una vez qué bebe abuelita —dijo Laura.
—Esta cosa pesa —balbució Pablo.
—Creo que es agua —dijo Manuel, mientras la agitaba.
—No, yo digo que abuelita toma lo mismo que el abuelo Locho: su tequili —dijo Sara.
—Claro que no, bobos. Mamá Sera sería incapaz de tomarse el alcohol que usa para inventar sus recetas mágicas para la gripe, la tos, la panza... —dijo Laura.
—Pero el abuelo sí lo toma —dijo Pablo.
—Bueno, porque el abuelo es zacatón pa' las inyecciones. En cambio yo... soy bien valiente —dijo Laura.
—¡No seas mentirosa, Lau! Cada vez que mamá te quiere picar las pompas, luego luego te pones a chillar como niña chiquita —dijo Ofelia.
—Eso no es cierto.
—¡Ya cállense las dos! Mejor ayúdenme a abrir esta cosa —dijo Eddy forzando la tapa.



—Como que están muy entretenidos con eso, ¿eh? Pos pa' qué la quieren —sorprendió mamá Sera a los niños que ni cuenta se habían dado de que ésta llevaba un par de minutos viendo cómo cada uno mordía, rasguñaba, babeaba, chupaba y golpeaba la tapa de la cantimplora tratando de abrirla.
Helados, no por el frío sino por el susto que les dio la abuela, aventaron de repente la evidencia. No podía ser, su investigación había sido un rotundo fracaso. La abuela la tomó del suelo y la guardó, junto con el frasco de sustancia amarillenta que llevaba en sus manos, y la guardó en el tercer cajón de sus mejunjes, bajo llave. Todos vieron cómo su trabajo de largas horas de búsqueda fue destruido por una llave que mamá Sera se colgaba en el cuello.

—¿Qué tiene tu cantimplora, mamá? —preguntó Eddy.



—¿Qué? Ammm, esteee, ammm, nada, mijito.

—Dinos, abue, ¿qué tomas? —replicó Ofelia.

—¿Yo?

—Abuelo Locho toma *tequila*, y ¿tú? —dijo Manuel.

—¿Cómo saben que su abuelo toma tequila, eh? ¿Nadie les dijo que eso no es pa' niños?

—No tomamos, mamá. Lo juramos —dijo Laura.

—Bueno, pos quédense jugando en el cuarto de tu tío Jaime o vayan con su abuelo a calentarse los pies. Yo seguiré en la cocina.

—Abuelita, abuelita, ¿no nos dirás qué tiene tu cantimplora?

—cuestionó Eddy—. Es que vamos a perder el reto.

—Ni modo, por bobos —dijo Laura.

—¡Ah! Con que se trata de un juego, ¿eh? ¡Ah, que chamacos éstos! Les diré qué hay en la cantimplora, pero tendrán que contestar una adivinanza.

—¡Ay, qué fácil, abuelita! Las adivinanzas son mi especialidad —dijo Laura.

—¿Eso creen? Pos se las pondré difícil. Ahí les va: “Mi sabor en todas partes está, mas del final al inicio voy a empezar. No todas mis cuatro letras les gustan a los adultos, mas si logras adivinar cada pista que te doy, sabrás qué rico soy. La ‘E’ de ‘Especial’ te recordará que con la paciencia te tienes que aliar”.

Y con esa adivinanza, mamá Sera se despidió de los niños: la cena de Noche Buena estaba lista y debía comenzar a poner la mesa.





Adivinemos el acertijo

Cada uno le daba vueltas y vueltas a la adivinanza y nadie le atinaba. Quique, ya recuperado de su dolor de estómago, entró y vio que los ojos de los niños iban de un lado a otro sin poder clavarse en un punto fijo de la habitación. Sin saber de qué se trataba el juego, comenzó a mover los ojos en círculo, a hacer bizcos, a abrirlos y cerrarlos hasta que se dejó caer al suelo por tanto mareo.

—¡Ora tú! ¿Qué te traes? —dijo Sara.

—Pues es que no sé a qué están jugando. Y como los vi como loquitos moviendo los ojos, pues hice lo mismo y me mareé.

—¡Ay! Pero si lo bobo no se te quita, ¿verdad? —replicó Laura.

—¡Déjenlo en paz! ¿Cómo te sientes? —le preguntó Ofelia. Era una especie de niña enfermera, se preocupaba de todos y los ayudaba si les dolía alguna parte de su cuerpo.

—Bien, mamá Sera me dio algo que sabía a té de manzanilla, como el que me da mamá.

—Por tu culpa no nos salió el plan. Cuando descubrimos que abuelita sí tenía cantimplora, igual que el abuelo, nos la quitó y

la guardó bajo llave en su ropero. Ahora no sabremos qué toma —dijo Eddy.

—¡Ay, Eddy! Ya vas a empezar. Ya dijimos que no fue su culpa. Mejor ayúdanos a descifrar una adivinanza. Mamá Sera dijo que si la adivinábamos, nos diría qué toma —dijo Sara.

Ofelia, quien tenía muy buena memoria, le dijo a Quique de qué se trataba la adivinanza:

—Mi sabor en todas partes está, mas del final al inicio voy a empezar. No todas mis cuatro letras les gustan a los adultos, mas si logras adivinar cada pista que te doy, sabrás qué rico soy. La “E” de “Especial” te recordará que con la paciencia te tienes que aliar.

Confundido, Quique empezó a balbucir palabras que terminaran con “E”, pero se le olvidó que dicha palabra tenía que ser de cuatro letras. Así, cada uno de los niños trataba de adivinar ese gran reto que la abuela les había puesto. Pero no se darían por vencidos; el desafío apenas empezaba.

Siendo las nueve de la noche y después de arrullar al niño Jesús, como era tradición, se sentaron todos a la mesa de la cocina y en la sala, porque no cabían, y cenaron los ricos tamales de pollo que Silvia, Gudelia y Mary se encargaron de hacer, tras una larga batalla de no saber qué cocinar.



Sin embargo, faltaba un integrante en la mesa: mamá Sera. Por supuesto que a los adultos no les preocupó, imaginaron que había ido al baño o se había ido a dormir; se le notaba en la cara que moría de sueño. Los preocupados y desconcertados eran los niños, pensaban que la abuela seguro les puso una trampa para distraerlos y cambiar la cantimplora de su lugar.

Entonces, Eddy se levantó de la mesa y excusando que iría al baño, caminó lentamente y sin hacer el menor ruido hacia el cuarto de su abuelita. La curiosidad de saber si mamá Sera había bebido el líquido de la famosa cantimplora lo tenía intrigado. Sus primos y hermanos no tuvieron opción más que seguir cenando y, al igual que Eddy, sentían la misma emoción de querer ser los primeros en descubrir el secreto de mamá Sera y ser merecedores del premio —¿cuál premio?

Y los niños, moviendo los ojos de un lado a otro y haciendo bizcos, se decían claramente que su primo se había puesto abusado para ir a espiar a la abuela tras haber sido el primero en levantarse de la mesa.



La Llorona y la cena de Noche Buena

Vaya espectáculo que tenía Eddy: veía claramente a mamá Sera abrir el tercer cajón de su ropero y sacar la cantimplora dorada que tanto quería.

—¡Ah, que niños! ¿Tanto relajo por esto? —dijo la abuela, mientras le daba un tragote a la sustancia que no se veía de qué color era, ni mucho menos llegaba el olor, pero Eddy quedó tan impresionado que no se percató de que su tío Jaime estaba detrás de él.

—¿Qué se te perdió, mijo?

Y cambiándole el rostro por completo, corrió a la cocina y se sentó a devorar sus nuggets de pollo que le había hecho con tanto amor su abuela, a quien hacía unos segundos acababa de espiar.

—¡Ora tú! Parece que viste un fantasma —le dijo Gudelia, su mamá.

—Pa' mí que ya se te apareció la Llorona —dijo Poncho, quien seguía, como siempre, con un ojo al televisor y un oído a la plática, y como en ese momento estaban pasando la

repetición del partido de fútbol, no quería desprenderse del todo: su equipo iba a ganar.

—Ay vas a empezar con tus historias de terror. Deja a los niños en paz —dijo Mary.

—Pos ora. No tengo la culpa que la Llorona nos visite cada Navidá —seguía Poncho con su historia. Veía la cara de espanto de los niños cuando mencionaba a la señora chillona y más se botaba de risa—. Bueno, niños, si ven en la noche a una mujer vestida de blanco y empieza a preguntar, terroríficamente, por sus hijos...

—Es mamá Sera que ya no sabe cómo callar a tus tíos. Fin —interrumpió Silvia al ver a los niños sin probar bocado.

—¡Ah, jijo esú! Arruinaste mi historia. Los niños deben saber que la Llorona sí existe. ¿Pos qué no les han contado lo que pasa acá en Palmillas durante la Navidá?

—¡Poncho! —dijeron al unísono las mamás de los niños.

—Ta güeno, ta güeno. Ya me callo.

—Creo que nos iremos a jugar a donde haya mucha, mucha luz —dijo Quique asustado.

—¿Qué? ¿No piensan terminarse la cena? —preguntó Gudelia.

Y echándose todos a correr, dejaron que sus mamás guardaran lo que les había sobrado.

—Ya les dará hambre —dijo Silvia.

Estando como muéganos por el susto en el cuarto del tío Jaime, los niños prefirieron olvidar el asunto de la Llorona; al día siguiente era Navidad y no querían que se les apareciera.

—Mejor, cuéntanos, Eddy, ¿qué hacía mamá Sera?

—preguntó Ofelia.

Con la taquicardia a todo lo que daba en el pequeño corazón de Eddy, éste comenzó a relatar todo lo que vio en el cuarto de su abuelita: desde cómo abrió su cajón para sacar su armamento secreto hasta cómo corrió a la cocina tras haberse asustado de su tío Jaime.

Y la pregunta seguía burlándose de sus mentes que no podían descifrar la adivinanza: “¿Qué beberá abuelita?”.

Pasaron las horas y los niños seguían despiertos; prendieron luces de bengala, rompieron las piñatas que mamá Sera les había hecho durante los últimos dos meses. Bebieron ponche sin piquete, porque el del piquete era para el abuelo Locho y sus hijos; calentaron sus pies en la fogata, simularon quemar bombones con las hojas de los árboles, jugaron a los carritos chocones, atropellaron el pie del abuelo, le hicieron un chichón al tío Jaime con una pelota; quemaron la punta del tenis del tío Toño, ensuciaron los trastes de Mary, perdieron las tijeras de Gudelia, etcétera, etcétera, etcétera. Bueno, qué decir, fue una Noche Buena muy divertida, pero tuvieron que dormir temprano, con sus orejas para no oír a la Llorona —¿realmente existirá?—. Al día siguiente continuarían con la investigación de la bebida de la abuela.



En busca del armamento secreto

Se rumoraba que en el pueblo de Palmillas, un extraordinario lugar situado en el estado de Tamaulipas, un grupo de famosos forajidos había robado una cantimplora dorada. La jefa, una señora de 71 años llamada Serapia, era la líder que había escondido dicho artefacto en un sitio alejado de los niños. Nadie sabía de dónde provenía aquel armamento, pero se decía que otorgaba poderes mágicos a quienes bebieran de la sustancia prohibida. Y si no mágicos, sí especiales, porque se podía estar despierto largas horas del día y trabajar en exceso y, con dicha sustancia, sobrevivían hasta altas horas de la madrugada.

Desde temprano, doña Serapia Vargas cabalgaba kilómetros por los ejidos y ranchos, hasta hallar el lugar de su escondite; después, en lo más alto de la sierra, abundante en árboles y mezquites de todo tipo, buscaba una roca amarillenta, imposible de ver a la distancia, y con una llave que jamás se quitaba de su cuello, raspaba parte de la superficie de la roca e inmediatamente se abría como por arte de magia. Así, sacaba la cantimplora dorada y, asegurándose de que nadie la viera, tomaba grandes tragos de lo que parecía ser su fortaleza,

porque podía estar despierta y trabajar todo el día sin cansarse siquiera.

No obstante, existía un grupo muy fuerte de investigadores que rastreaban hasta el olor de las pulgas —si es que lo tienen— y, sin cobrarle un solo centavo al pueblo, hallaban a los ladrones. ¡Qué prueba tan difícil les habían puesto! Doña Serapia siempre se salía con la suya para que nadie le siguiera los pasos. Pablo, el menor de todos, decidió dar por terminada su participación en dicha búsqueda; sabía que jamás encontrarían a la líder y mucho menos adivinarían lo que ella les había dejado por escrito: se trataba de un acertijo que había colocado en todos los ejidos del pueblo, si lograban descifrarlo tendrían la recompensa que tanto anhelaban... Fue una lástima que Pablo se retirara pronto de la jugada, pero sentía que perdía mucho tiempo; así que prefirió jugar con sus carritos chocones.

—Yo digo que vayamos al cuarto de mamá Sera y abramos el cajón a fuerzas. No lo notará —dijo Quique desesperado, pues quería sentirse el ganador de la competencia.

Rápido, fue a la recámara de su abuelita y de una patada intentó abrir el ropero. Mamá Sera al oír tremendo ruido fue a ver qué sucedía. Se percató de que sus nietos comenzaban a desesperarse al no adivinar lo que les había dicho.

—¿Pos qué no le han atinado al acertijo?

—¡Ay, mamá! ¡Ora sí nos la dejaste requetedifícil! —dijo Eddy.

—¡Danos otra pista, abue! —pidió Laura.

—¡Ah, que críos estos! Pos ahí les va, pero prométanme que tendrán paciencia y que no volverán a hurgar en mi ropero.

—¡Claro que sí, mamá! —dijo Sara.

—Lo prometemos —dijeron todos al unísono mientras hacían changuitos con su mano derecha oculta en su espalda.

—Mi sabor en todas partes está, mas del final al inicio voy a empezar. No todas mis cuatro letras les gustan a los adultos, mas si logras adivinar cada pista que te doy, sabrás qué rico soy. La “E” de “Especial” te recordará que con la paciencia te tienes que aliar. La “F” de “Fuerza” te nombrará el mejor guerrero de la sociedad.

Luego de esa nueva pista, los niños alzaron sus brazos presumiéndoles a las niñas sus grandes conejos marcados —al menos así se los imaginaban—. Éstas no hicieron el menor gesto de gusto, al contrario, les dio risa verles sus bracitos de popotitos, cubiertos con tres prendas que los hacían lucir musculosos. Ni Eddy, Sara, Quique, Laura, Ofelia, Manuel sabían de qué hablaba la abuela. Creían que se estaba volviendo una especie de bruja donde sólo ella entendía la clave de sus mejunjes y conjuros mágicos.

Quique, por más que quiso seguir el juego, estaba convencido de que lo que hacían era una pérdida de tiempo. Así que decidió jugar a los carritos chocones con Pablo. Los demás prefirieron ir a ver la televisión y descansar sus mentes un día; de todos modos no adivinarían.

Mamá Sera los veía de reajo y reía en silencio porque sabía que tardarían mucho, mucho tiempo en adivinar aquello que parecía el conjuro más secreto de los brujos.



El secreto de mamá Sera

Los días se hacían cada vez más eternos, el frío era cada vez más intenso y era impresionante cómo bajaba la neblina de la montaña para posarse justo debajo de los pies de quienes decían calentarlos en la fogata. Entre ellos, los del abuelo Locho, quien seguía ofreciéndoles a las aves, que por accidente pasaban por ahí, los ronquidos más abrumadores del pueblo.

Qué tristeza fue para los niños ver la Navidad y el Año Nuevo pasar sin haber descubierto las pistas de la abuela. Sabían que les pondría un reto difícil, pero no sabían qué tanto porque llevaban más de una semana y no lograban descubrir de qué se trataba la bebida de la abuela.

¡Qué pena! Las vacaciones habían terminado. La frustración invadió a Eddy, Ofelia y Sara, quienes sí estaban entusiasmados en descubrir la bebida de mamá Sera que la hacía tener tanta energía durante la mañana, tarde, noche y madrugada.

Eddy volvió con sus hermanos y su mamá a Nezayork, allá en el Estado de México, a una colonia donde todo pasaba. Sus primos se fueron a Ciudad de México donde radicaban. Durante su largo trayecto de Tamaulipas a México, Eddy no dejó de

pensar en las palabras de despedida que su abuela les dijo antes de partir:

—Miren, mijos, pa' que disfruten su viaje les regalaré una pista más y será la tercera en la lista, así que pongan mucha atención: “Mi sabor en todas partes está, mas del final al inicio voy a empezar. No todas mis cuatro letras les gustan a los adultos, mas si logras adivinar cada pista que te doy, sabrás qué rico soy. La ‘E’ de ‘Especial’ te recordará que con la paciencia te tienes que aliar. La ‘F’ de ‘Fuerza’ te nombrará el mejor guerrero de la sociedad. La ‘A’ de ‘Amargo’ te hará entender que a tu corazón jamás debes desobedecer, si no la amargura te hará enloquecer”.

Todos entraron por fin a la escuela y el martirio daba pie a perder la cabeza unos meses más. Como era de esperarse, los juguetes de Día de Reyes fueron el eje central de todas las conversaciones, tanto en el salón de clases como en el recreo, pero el único que seguía pensando en las adivinanzas de mamá Sera era Eddy, quien anhelaba más que nunca convertirse en un investigador profesional. Imaginaba que estaba frente a los casos más difíciles del momento tratando de hallar al culpable de algún robo de un tanque de gas o descubrir quién sería el responsable del secuestro de una alumna de preparatoria. En fin, estaba seguro de lo que quería ser cuando fuera grande: el mejor detective de NezaYork —así le decían al municipio de Nezahualcóyotl, donde vivía.

Por más que le daba vueltas al asunto, no lograba comprender el significado de esas palabras que contenían un gran misterio. De alguna u otra forma debía regresar con su

abuela a que le diera la última pista de la adivinanza, igual y con eso lograba armar el rompecabezas y ponerle fin a algo que le estaba martirizando en demasía su cabecita, ya que no podía concentrarse en clase por estar pensando qué bebería la abuela.

Los meses pasaron, y Eddy y sus primos anhelaban que llegaran las vacaciones de verano porque querían ir a ver a su abuelita y que les dijera la última pista de la adivinanza. Al fin llegaron dichas vacaciones e insistentemente Eddy trataba de convencer a su mamá de viajar kilómetros y kilómetros para visitar a su abuela adorada —como le decía, pues era tanto el cariño que le tenía a ella y al pueblo, que juró que siempre



viajaría allí y de grande sería el dueño de un rancho lleno de vacas, caballos, gallinas, nopales, árboles frutales y un coyote que fuera su guardián—. Sin embargo, Eddy no tuvo una buena respuesta a su petición de ir a ver a su abuelita: “Mamá Sera no está, hijos, se fue al cielo”, le dijo Gudelia a sus hijos y éstos no paraban de llorar porque sabían cuánto significaba su abuelita para ellos.

Fueron unas vacaciones muy diferentes a las planeadas: ya no estaba mamá Sera para atropellar su pie ni los nuggets de pollo sabían como antes ni el agua de limón tenía el mismo toque de mamá. Algo le faltaba a los platillos y bebidas que los niños no los probaban del todo o no los devoraban como antes. Ahora todo era silencio. El abuelo Locho sólo se quedaba en

la mecedora cruzado de brazos y mirando de reojo la mecedora vacía que tenía a su lado. De cuando en cuando sacaba su cantimplora y le daba un traguito a su tequila para aminorar el dolor que sentía su pecho y su corazón.

Eddy, por su parte, no quería salir del cuarto de mamá Sera, recordaba con tristeza aquella escena que hacía unos meses había sido la muestra de amor más grande de su abuelita: salvándole el pellejo al no culparlo por haber hecho un desastre en su habitación. No, ya no estaba la abuelita de



todos los niños que tanto amaban, la que los consentía con sus dos litros de agua de limón o con los tamales de pollo en Noche Buena y Año Nuevo; ya no arrullarían al niño Jesús ni tendrían dulces de a montón cada Día de Reyes... Pero Eddy recordaba con mucho cariño el mejor diciembre que había pasado al lado de su querida abuela.

—Toma, Eddy, conserva esto —le dijo Gudelia.

—¿Qué es, mamá?

—Estoy segura de que a tu abuela le hubiera gustado que te lo quedaras. Me contó lo de su juego de investigación, así que...

Eddy, al abrir la caja de zapatos que su mamá le había entregado, cubrió de inmediato sus ojos de una capa cristalina de lágrimas; no estaba seguro si era de tristeza porque mamá Sera ya no estaba o porque al fin tenía en sus manos el secreto de su abuelita. Sin decir nada, sólo abrazó la caja y lloró como si le hubieran robado el más grande de sus tesoros.



Caso resuelto

Pasaron tantos inviernos que Eddy y sus primos ya no peleaban por cuál carrito chocón agarraría cada quién o a qué jugarían, sino sólo se reunían —ya de grandes, cada que podían— en algún lugar para hablar de las novedades familiares o personales. A Laura no se le quitó lo chocante, trabajaba en una tienda de modas, aunque sólo fuera la cajera. Ofelia era enfermera. Sara era maestra de español en una primaria. Quique era corredor de autos. Manuel jugaba futbol de manera profesional. Pablo era locutor de radio. Y Eddy, bueno, nadie le sacaba de la cabeza que podía llegar a ser un buen detective, aun cuando en su juventud ya hubiese resuelto los casos más extraños de su colonia, la Condesa, allí mismo en Nezayork.

Eran largas horas de charla. Reían al recordar cómo se burlaban del abuelo Locho por el hecho de que le gustaba el alcohol; hasta ese día comprendieron qué locura habían dicho. Eddy, por más que quería, no se atrevió a decirles a sus primos que él poseía el secreto de mamá Sera. Pensaba que le dirían egoísta y era lo que menos quería oír, no cuando tenía bellos recuerdos de su infancia.

—Bueno, primos, pues me voy. Hay un caso que debo terminar y ya me quiero ir a visitar a Morfeo —dijo Eddy.

—¡Ay, relájate! —dijo Quique, a quien se le notaba el gran deseo de seguir platicando, pero no podía desvelarse más porque su profesión le impedía llegar tarde.

Sin más ni más, quedaron de reunirse nuevamente para platicar de lo que vendrían a ser los últimos acontecimientos hasta entonces.

Al paso de los días, Eddy —en su trabajo, que no era sino el cuarto que había construido en casa de su mamá para él solo— decidió sacar por fin la caja de zapatos de mamá Sera que había guardado por muchos años, pues había decidido guardarla porque la tristeza invadía su corazón. Quizá el haber convivido con sus primos luego de no haberlos visto hacía tiempo, le hizo extrañar como nunca a su abuela.

—¡Qué raro, no pesa! —dijo, una vez que la tuvo en sus manos.

Se dio cuenta de que abrir la cantimplora dorada era realmente sencillo. Dentro de ésta había un papelito que decía: “Mi sabor en todas partes está, mas del final al inicio voy a empezar. No todas mis cuatro letras les gustan a los adultos, mas si logras adivinar cada pista que te doy, sabrás qué rico soy. La ‘E’ de ‘Especial’ te recordará que con la paciencia te tienes que aliar. La ‘F’ de ‘Fuerza’ te nombrará el mejor guerrero de la sociedad. La ‘A’ de ‘Amargo’ te hará entender que a tu corazón jamás debes desobedecer, si no la amargura te hará enloquecer. La última letra te hará perder la ‘Cabeza’, pues

es tan obvia la respuesta que sabrás que tanto tiempo de búsqueda habrá valido la pena”.

Y mirando la cantimplora, Eddy sonrió y miró al cielo a través del ventanal que había en su oficina. Caminó de un lado a otro pensando por qué nunca le había atinado a la respuesta. Entonces, decidió ir a la cocina a preparar el mejunje que tenía obsesionada a la abuela y la tenía despierta largas horas del día; necesitaba comenzar a trabajar, el robo de un carro rojo de una extravagante mujer de pelo rubio, cerca de la avenida Carmelo Pérez, lo tenía obsesionado.

—¡Eddy! —le gritó Gudelia, su madre, quien se encontraba tendiendo ropa en el patio repleto de gatos—, ¡te buscan en la puerta!

Eddy bebió rápidamente su café frío que apenas iba a calentar en el microondas y salió corriendo a la puerta donde estaba su mejor amiga y colega, la Chinita.

—¿Estás listo, compañero?

Eddy le sonrió, asintió con la cabeza y juntos fueron a darle seguimiento y fin a su investigación.

Y mientras, allá en el cielo, mamá Sera veía a sus nietos, al mismo tiempo que le daba un trago a su delicioso café.



Esmeralda Vela

Estudió creación literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Realizó un diplomado en diseño editorial. Es autora de los libros *Voces inusuales* (2012), *Feliz cumpleaños* (2013), *Curso de verano* (2013), *Natalia, la niña que no dormía* (2017); coautora de *El tren de la ausencia* (2012), *Rincón de cenobitas* (2013), *Árbol afuera* (2013), *Cartas marcadas* (2014), *Abrevadero de dinosaurios* (2014), *Cuentos pequeños, grandes lectores* (2014), *Los muertos no cuentan cuentos. Antología de narrativa joven del Estado de México* (2015), *Soles de abril* (2015), *Escobas de fuego (historias de brujas)* (2016) y *Respirando por la herida* (2017).



Ricardo García Trejo

Se divierte explorando los senderos de la imaginación para plasmarlos en el texto. Es diseñador gráfico por la Universidad del Valle de Toluca. Actualmente diseña e ilustra libros para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. Entre sus trabajos como ilustrador destacan *Sharash y el regalo de Federico*, *El libro de los fantasmas*, *El origen del Estado de México* y *Todos los cambios*.



Manuel Arturo Castrejón Rodríguez

Apasionado de la ilustración y de la tinta, crea seres imaginarios que existen en su realidad. Es licenciado en diseño gráfico por la Universidad de Ixtlahuaca. Ha laborado en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) y en diversos sectores del Gobierno del Estado de México. Actualmente diseña e ilustra para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



La cantimplora dorada, de Esmeralda Vela, se terminó de editar en diciembre de 2017. Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp, y DK Hexenhammer, de David Kerkhoff. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación y portada: Ricardo García Trejo y Manuel Arturo Castrejón Rodríguez. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.